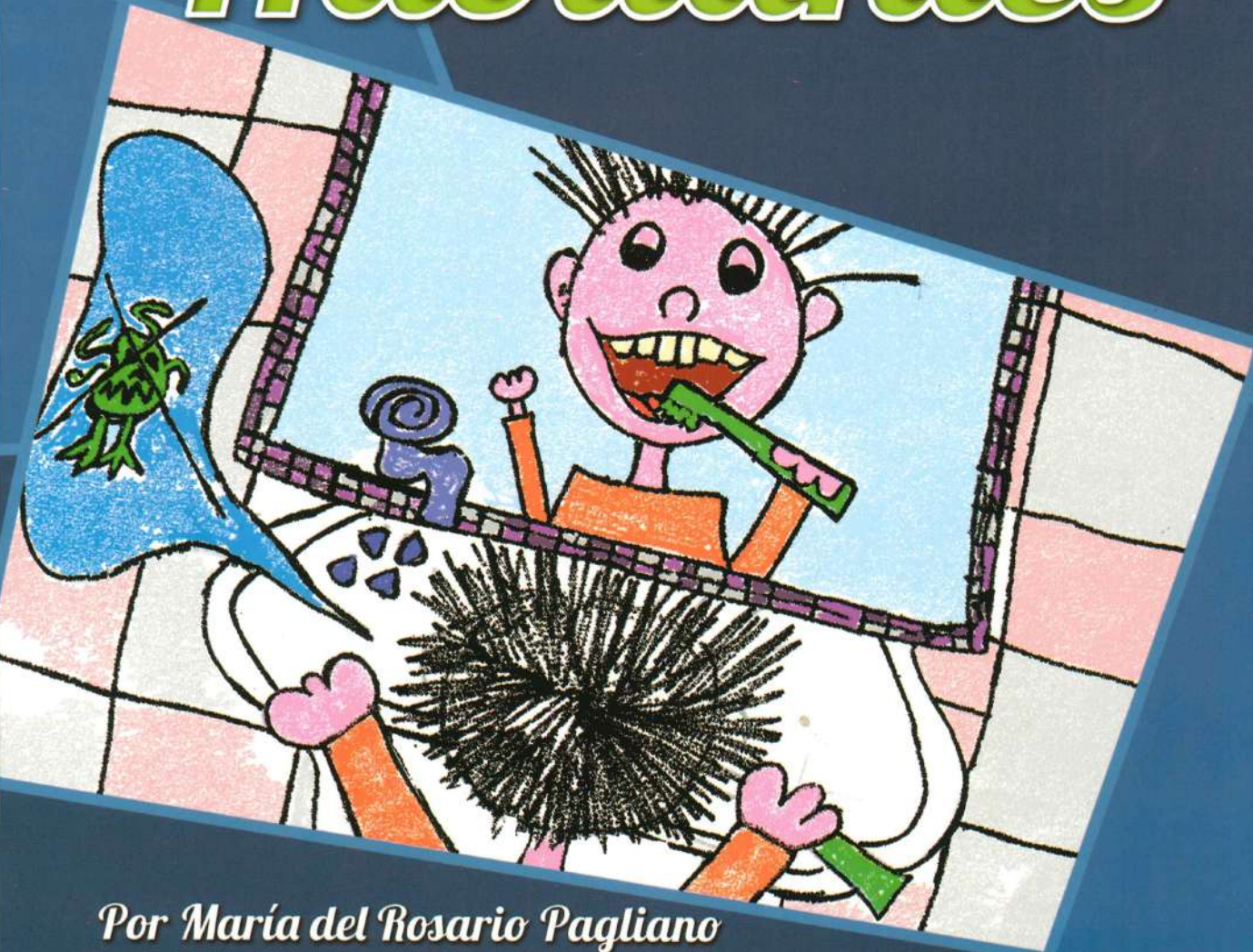


Los Habitantes



Por María del Rosario Pagliano



COLEGIO ODONTOLÓGICO
DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

*Colección
Salud Bucal*

Sobre la autora

María del Rosario Pagliano

Nació en Córdoba en 1983. Estudió Odontología en la Universidad Nacional de Córdoba, y recibió su título en el año 2006. Es, además, docente de Música en Nivel inicial y primario.

Participó como Instructora en la "Semana de la Salud Bucal", en el año 2006, en Córdoba.

Desde su experiencia en la Salud pública y su actividad docente, considera que los cuentos didácticos relacionados con la Salud Bucal es una herramienta de trabajo muy valiosa para incluir en las escuelas y, de esta manera, educar a los niños desde pequeños para hacer de ellos adultos conscientes en el cuidado de su salud bucal.

Actualmente, desarrolla sus actividades como odontóloga de manera independiente.

Pagliano, María del Rosario

Los habitantes. - 1a ed. - Córdoba : álaya Editorial; Colegio Odontológico de la Provincia de Córdoba, Argentina, 2013.
20 p. : il. ; 23x20 cm.

ISBN 978-987-29328-2-4

1. Narrativa Infantil . 2. Cuentos. I. Título
CDD 863.928 2

®

2013, Colegio Odontológico
de la Provincia de Córdoba



COLEGIO ODONTOLÓGICO
DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

(todos los derechos reservados)

Colección SALUD BUCAL

Director Odontología: César Villacorta

Coordinador: Héctor Carignano

Edita **álaya Editorial**

www.alayaeditorial.com.ar

Responsable editorial: Lizabeth Kent
ediciones@alayaeditorial.com.ar

Diseño de cubierta y maquetación:

Eugenia Zazú / Martín Cardo
ZETA Comunicación y Diseño
zetacomunicación@gmail.com

ISBN 978-987-29328-2-4

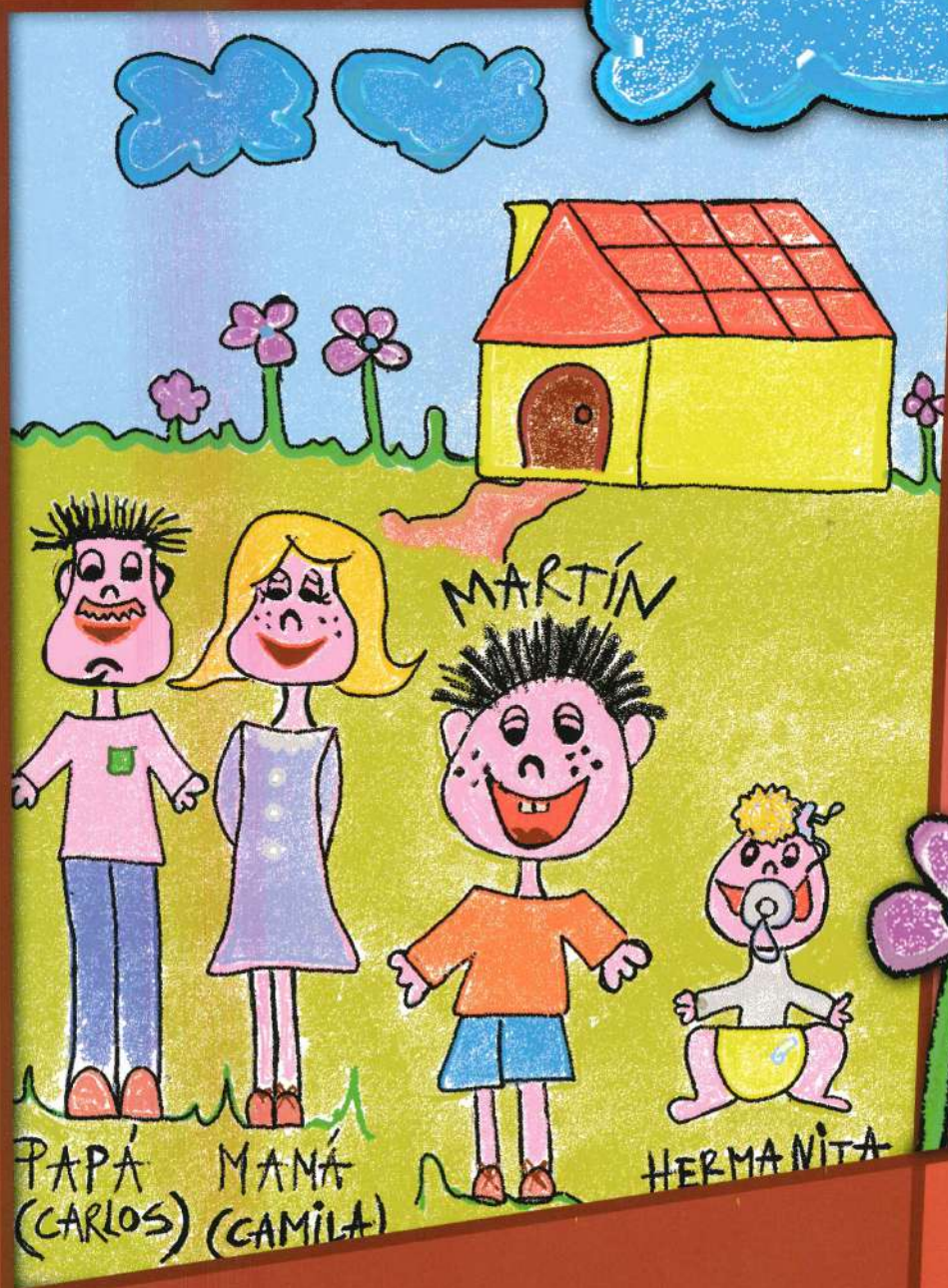
Impreso en Córdoba, Argentina

Hecho el depósito que indica la Ley
11.723



á l a y a
e d i t o r i a l

“A mi Papá, Miguel,
que me mira desde el cielo.
A Luciano y al pequeño ser
que llevo conmigo”



PAPÁ
(CARLOS)

MANÁ
(CAMILA)

MARTÍN


HERMANITA



Esta historia que voy a contarles es una de esas que te ponen “los pelos de punta”, que te hacen pensar y también aprender algo nuevo. Le sucedió a un niño, como vos.

Martín tenía 8 años de edad, vivía con su papá y su mamá en una casa pequeña que tenía al frente un jardín lleno de flores. No sé qué flores eran, pero permanecían igual todo el año, como si todas las estaciones fueran sus amigas.

¡Ah! ¡Me olvidaba! Tenía una hermanita que arrastrándose con sus pañales, era la encargada de darle brillo al piso del living comedor. Su papá, Carlos, trabajaba en una fábrica no muy lejos de su casa, como a unos veinte minutos por la circunvalación y su mamá, Camila, haciendo malabarismos con el tiempo, trabajaba por la tarde (cuando Martín estaba en la escuela y su hermanita en la guardería), y por la mañana -además de cuidar a los chicos, limpiaba la casa y hacía las compras. A veces, se le escapaba un rezongo, pero casi siempre tenía una sonrisa que le ocupaba toda la cara. Era una buena mamá.



Una mañana, como cualquier otra, Martín estaba durmiendo envuelto en sus colchas como un buñuelo, muy contento. Por la ventana se asomaba un día gris, llovía sin parar y hacía frío, cuando, sin previo aviso, su mamá lo despertó y le dijo que tenía que ir al doctor.

-Pero, si no me duele nada –dijo Martín con cara de pocos amigos.

-No te preocupes –dijo su mamá- Es un doctor especial, solamente te va a revisar los dientes para ver si están bien.

-Bueno –respondió Martín y como quien no quiere la cosa, demoró un ratito más en vestirse que en otras ocasiones.

Cuando salieron a la vereda parecía que, en vez de auto, tendrían que usar un bote. La avenida Richieri era una especie de río que quería comerse las veredas. Salir era toda una travesía.

-No vamos a llegar más, mamá, encima en Córdoba una leve brisa y no anda ningún semáforo -dijo Martín, repitiendo las palabras de su papá cada vez que salían en un día de tormenta.

El viaje demoró más de lo previsto por las inundaciones, pero lograron llegar a tiempo al turno con el dentista.







Al abrir la puerta de ingreso, se encontraron con una pequeña sala de espera. Estaba llena de afiches de colores con dibujos de bocas y muelas. Un aparato extraño tiraba perfume, impregnando el ambiente con un delicioso olor a vainilla.

De repente, se apareció el doctor. Era un hombre alto, grandote, llevaba puesto un guardapolvo blanco que le llegaba hasta el piso y tenía una sonrisa amplia y muy blanca.

-¡Qué bueno que vinieron! –dijo. Y con entusiasmo agregó:

-Los días de lluvia siempre traen complicaciones. ¡No viene nadie!

Y me la paso solo, leyendo alguna revista. Hola, Martín, sentate en ese sillón grandote. Vas a ver que es cómodo y se mueve como los juguetitos del shopping. ¿Sabés cuáles digo, no?

Martín asintió con la cabeza, pero la verdad es que ese sillón no tenía nada que ver con los autos de carrera, más bien parecía una nave extraterrestre con tubo y mangueras saliéndole por todos lados.

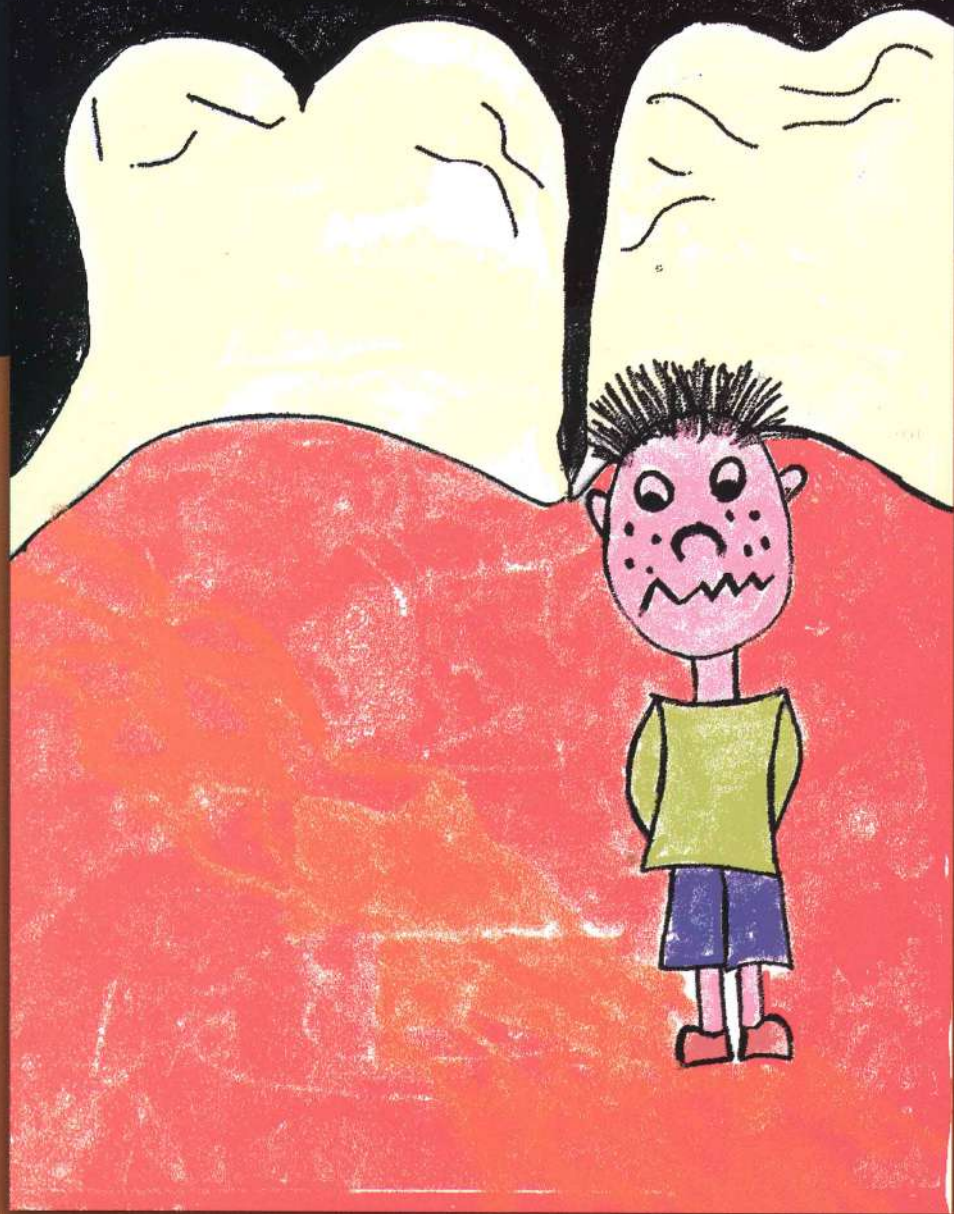
Después de presentarle unos elementos no tan raros, como un mini espejo, un ganchito como la mano de un pirata y una pinza de colitas de pompón algodónado, comenzó a revisarle los dientes.

Martín tenía tal asombro que en su afán por dejar la boca abierta bien grande (como si fuese a morder una súper hamburguesa), no pudo escuchar con atención las explicaciones que le dijo el doctor. Así, quedaron en su mente algunas palabras sueltas como: "baño de flúor", "lavarse los dientes", "comerse los caramelos todos juntos y no separados durante el día". En fin, tantas palabras nuevas que con mucho esfuerzo y sus ocho añitos, comprendió lo mejor que pudo.

Al terminar la revisión, lo último que escuchó fue que en su boca había unos seres, como habitantes que vivían en la boca de todas las personas. Eso, no lo entendió para nada, pero agradecido por la amabilidad del dentista, no quiso preguntar y se despidió, dándole las gracias como le enseñaron en su casa. Le tomó la mano a su mamá y se subieron al auto retornando el camino a casa. Por la ventana se veían caer las gotas de lluvia sin pausa, el movimiento del auto invitaba a relajarse. Poco a poco, los ojos de Martín comenzaron a cerrarse, y se dejó llevar por el cansancio de esa mañana tan distinta a las demás.







Al abrir los ojos, Martín notó que tenía los pies mojados.
-Será que entró el agua de la lluvia. ¡Qué bárbaro! ¡Cómo llueve! –pensó Martín.

Pero al mirar a su alrededor, comprendió que no estaba en el auto. Se encontraba en un lugar húmedo y oscuro. Se incorporó rápidamente. No podía creer lo que sus ojos veían. Estaba como en otro mundo.

-¿A dónde estoy?, ¿Qué fue lo último que hice? ¡Ah! Ya sé, el dentista, seguro me puso algo extraño. Debe ser esa agua dormilona de la que me habló. ¡Me hace ver alucinaciones! –dijo Martín.

En un momento inesperado, la cueva oscura en donde estaba comenzó a moverse y un haz de luz intenso ingresó por lo que parecía una puerta central. Eso le permitió ver con más claridad. Observó que había unas montañas blancas llenas de surcos y caminitos. Decidió escalar una de ellas, así vería mejor cómo salir de ahí. En ese interín, una cascada anaranjada inundó todo el espacio, apenas logró sujetarse de unos pelos gomosos. El agua anaranjada pasó hacia otro lado, pero dejó una huella pegajosa adherida a todas las paredes blancas.
-¡Eso tiene olor a Fanta! –pensó Martín.

Probó un poquito mojándose el dedo y dijo:

- ¡E s Fanta! De repente, comenzó a escuchar unos sonidos extraños, le dio miedo y se escondió en un espacio que había entre dos montañas blancas. Aparecieron unos seres de la nada, como por arte de magia. Notó que venían atraídos por la huella que había dejado la cascada de Fanta. Uno a uno, iban llegando más, como si estuvieran conectados telepáticamente. Parecía un festín y fue en ese preciso momento que a Martín, se le vinieron a la mente todas las palabras que había dicho el dentista.

- ¡Claro! Esos son los habitantes de las bocas, los bichos bacteria que tanto decía el doctor, les gusta lo que queda después de comer. ¡Estoy en una boca! -pensó Martín.

Los veía y no podía creerlo cada vez había más y más.

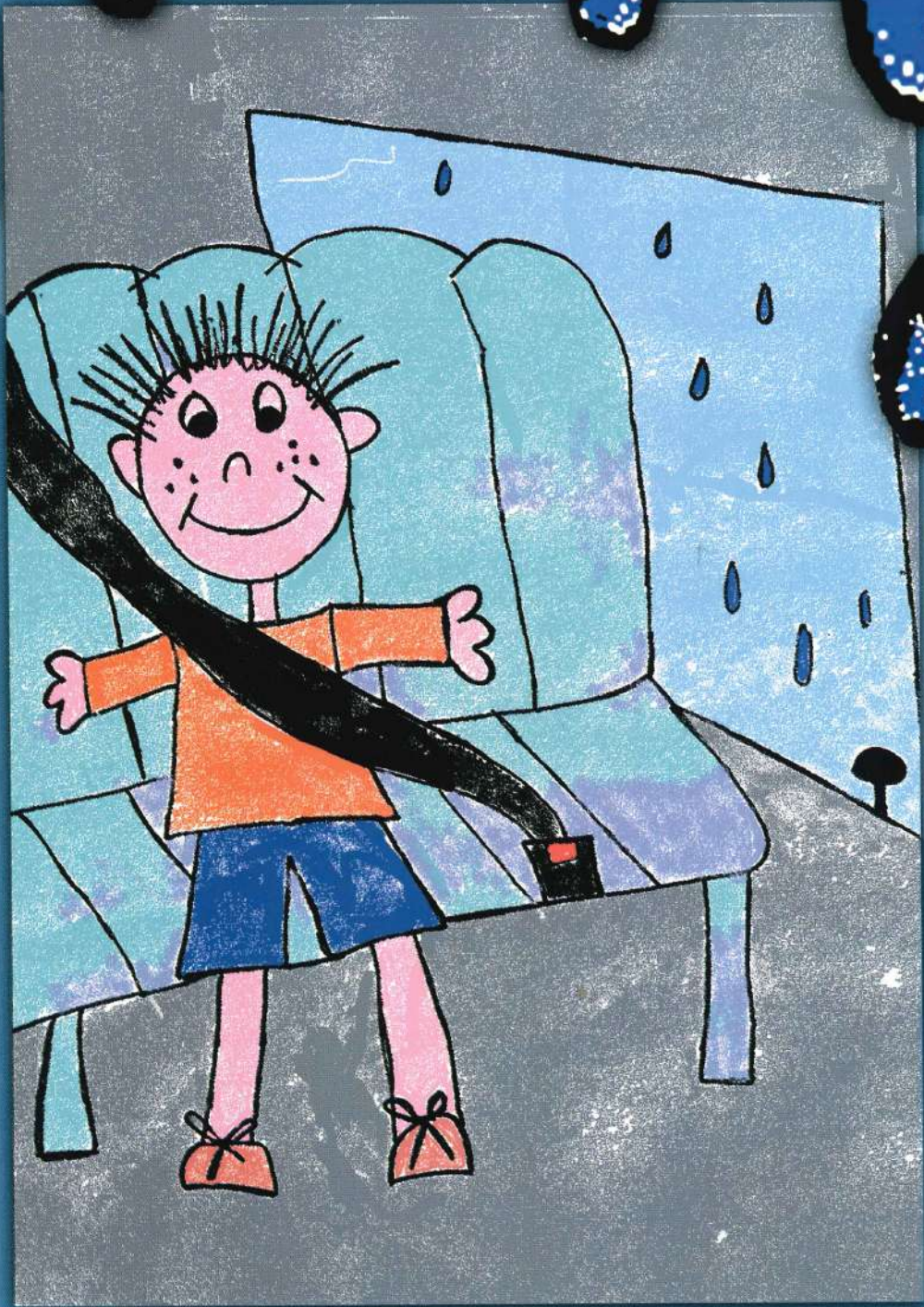
- ¡Qué miedo!, ¿¡Mirá si me comen a mí!? -se preguntó Martín.

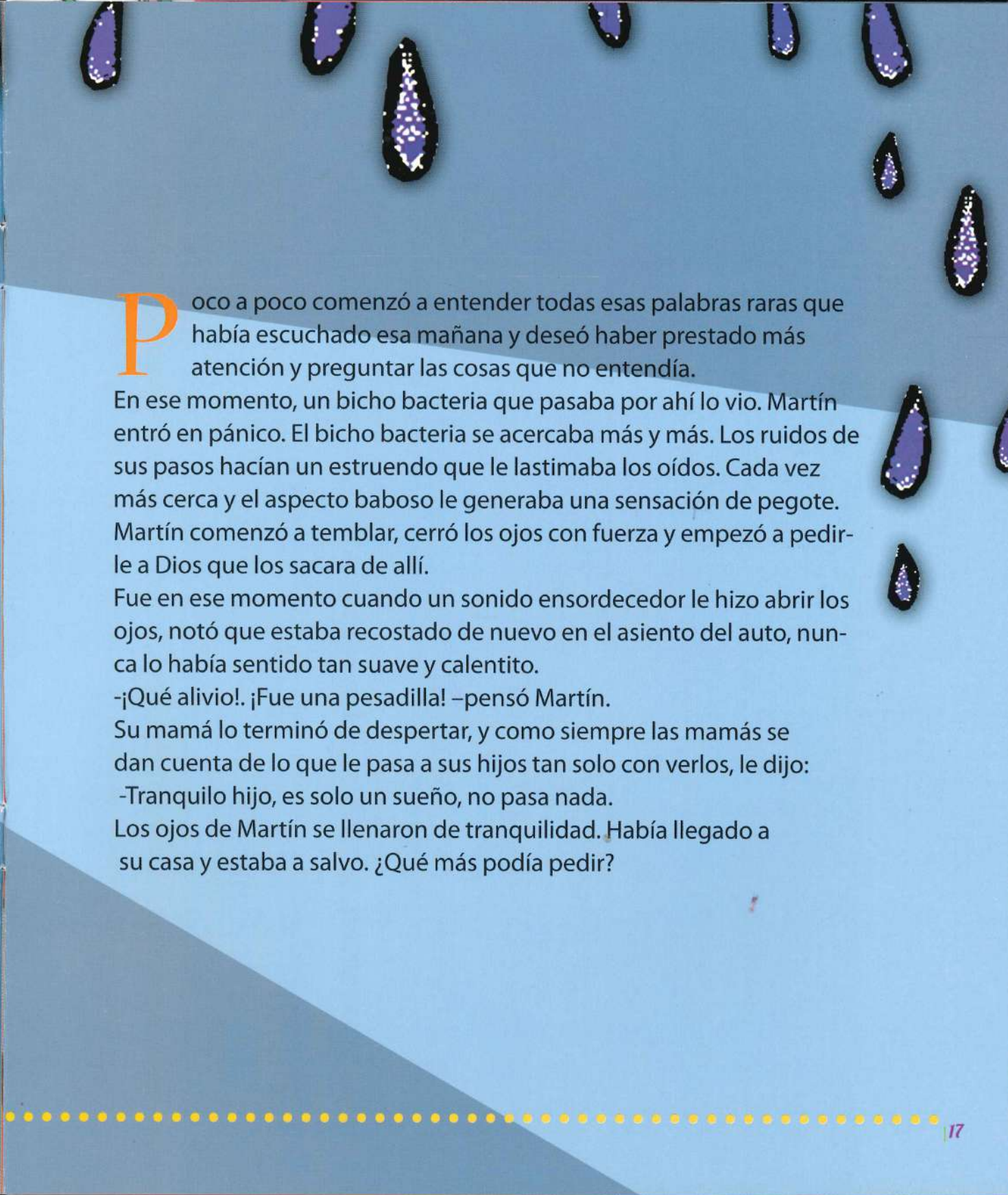
Hizo fuerza para no llorar, no sabía qué hacer, estaba solo y escondido. De repente, se dio cuenta de que los bichos bacteria al comer se hacían más fuertes y que de sus patas aparecían unos picos y cañones que tiraban unos ácidos que derretían todo a su paso.

- ¡Claro!, seguramente ahora se van a cavar en las montañas, van a hacer huecos y a romper todo, van a... ¡Hacer caries en los dientes! -exclamó Martín.









Poco a poco comenzó a entender todas esas palabras raras que había escuchado esa mañana y deseó haber prestado más atención y preguntar las cosas que no entendía.

En ese momento, un bicho bacteria que pasaba por ahí lo vio. Martín entró en pánico. El bicho bacteria se acercaba más y más. Los ruidos de sus pasos hacían un estruendo que le lastimaba los oídos. Cada vez más cerca y el aspecto baboso le generaba una sensación de pegote. Martín comenzó a temblar, cerró los ojos con fuerza y empezó a pedirle a Dios que los sacara de allí.

Fue en ese momento cuando un sonido ensordecedor le hizo abrir los ojos, notó que estaba recostado de nuevo en el asiento del auto, nunca lo había sentido tan suave y calentito.

-¡Qué alivio!. ¡Fue una pesadilla! -pensó Martín.

Su mamá lo terminó de despertar, y como siempre las mamás se dan cuenta de lo que le pasa a sus hijos tan solo con verlos, le dijo:

-Tranquilo hijo, es solo un sueño, no pasa nada.

Los ojos de Martín se llenaron de tranquilidad. Había llegado a su casa y estaba a salvo. ¿Qué más podía pedir?

Se bajó del auto y se fue corriendo al baño. Se paró frente al espejo y se miró detenidamente los dientes. Tomó su cepillo, le puso pasta y con energía comenzó a cepillarse.

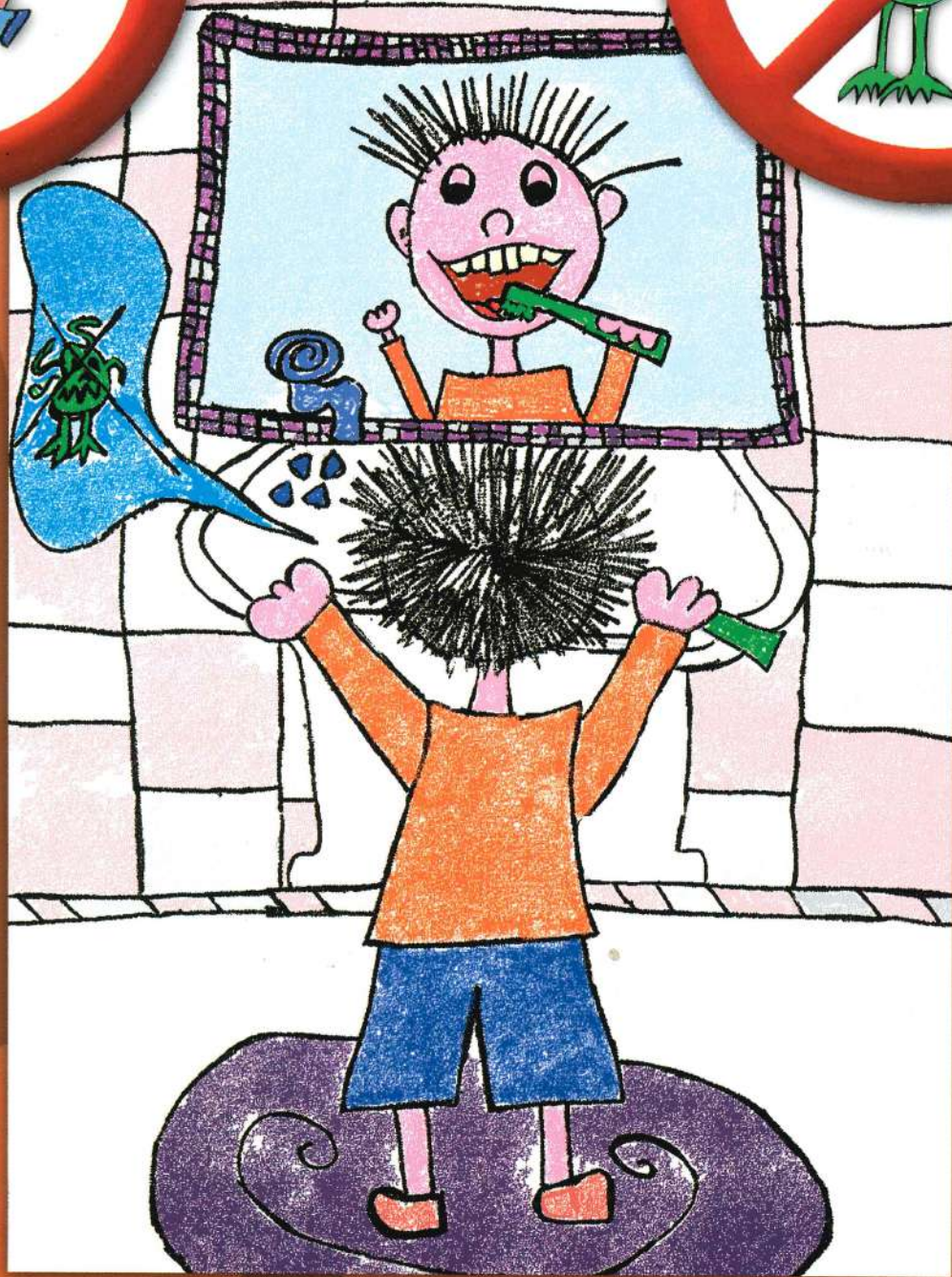
-No voy a dejar que los bichos bacteria me rompan los dientes, de ahora en más, que me lavo los dientes. ¡Me lavo! ¡Sufran bichos bacteria! ¡Sufran! –gritó Martín.

Su mamá que pasaba por ahí y escuchó los gritos de Martín, le dijo:

-Veo que entendiste lo que te explicó el dentista, que solo depende de vos tener una boca sana y feliz.

-¡Sí, mamá! –respondió Martín. Y con una sonrisa de oreja a oreja buscó su mochila y se fue pensando cómo le contaría a sus amigos sobre su sueño fantástico y todo lo que había aprendido esa mañana.

Desde ese día, cuando Martín sintiera pereza y fiaca por ir a lavarse los dientes, recordaría a “los habitantes de su boca” y rápidamente saldría a buscar su cepillo.



Recomendaciones para tener **una boca sana**

- Cepíllate los dientes después de cada comida.
- Visítá a tu odontólogo cada 6 meses.
- Si practicás deportes, pedile a tu odontólogo que te confeccione un protector bucal.
- Si te gusta mucho comer dulces, tratá de comerlos todos de una vez y luego, no olvides cepíllarte los dientes.
- Las gaseosas y los jugos dañan el esmalte de tus dientes, disminuí el consumo.
- El flúor fortalece el esmalte de tus dientes, preguntale a tu odontólogo cuál es el mejor momento para realizarte una topicación de flúor.
- Recuerda limpiar entre tus dientes y muelas usando hilo dental.



**Una boca sana es muy importante
para tu salud**



COLEGIO ODONTOLÓGICO
DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



álaya
editorial
Impreso en la ciudad de Córdoba,
en el mes de junio de 2013.

ISBN 978-987-29328-2-4



9 789872 932824